

¿Palabra o Sacramentos?

por Marcos Abbott

Durante un culto, el que presidía dijo algo que me llamó la atención. Con entusiasmo dijo:

La Iglesia está centrada en la Palabra.

Inmediatamente, desde dentro, me salió una reacción contraria.

No, la Iglesia está centrada en los Sacramentos.

El significado que saqué de esa declaración, sea su significado intencionado o no, es que la Palabra de Dios está en el centro de la Iglesia. Y como en muchos contextos evangélicos la Palabra de Dios prácticamente equivale a la Biblia, se está diciendo que la Biblia está en el centro de la Iglesia. Ésta es la línea de razonamiento que me pasó por la mente a la velocidad del relámpago. Te invito a acompañarme en la siguiente reflexión, que ha precipitado esta experiencia.

Aunque la Biblia tiene un papel importantísimo en la Iglesia, y la Palabra de Dios como palabra viva comparte este papel, *yo creo que la Iglesia es sacramental en su esencia y, por tanto, los Sacramentos están en el centro de la Iglesia.*

La representatividad en el plan redentor

Para explicar y clarificar mi postura necesito compartir cómo veo la trayectoria desde dónde surge la Iglesia. La Iglesia está en la línea sucesoria del plan de salvación que Dios ha efectuado a través de un pueblo elegido. Dios inicia esta elección con Abraham y le dice:

*Vete de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. ²
Yo haré de ti una gran nación. Te bendeciré y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. ³
Bendeciré a los que te bendigan, y a los que te maldigan maldeciré. Y en ti serán benditas todas las familias de la tierra (Génesis 12,1-3)*

La última frase nos indica el alcance universal de la visión de Dios: «Y en ti serán benditas todas las familias de la tierra». Dios elige a una persona (mejor dicho una pareja) y de él y ella forma un pueblo que será instrumento clave de su plan de redención y reconciliación para toda la humanidad.

Ahora, pues, si dais oído a mi voz y guardáis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra.

Vosotros me seréis un reino de sacerdotes y gente santa (Éxodo 19,5.6).

Cuando tomamos en cuenta el llamado a Abraham y el pacto, junto con este pasaje del Éxodo, nos damos cuenta de que *el papel del pueblo elegido es representativo y misional*. Dios no está creando una entidad étnica y nacional que implique la exclusión de los demás pueblos. No está cultivando una raza suprema para ser una superpotencia que gobierne el mundo. Dios crea un pueblo a través del cual se revela y desempeña su plan salvífico para todos los pueblos, y hasta para toda la creación. Dios intencionalmente se revela y trabaja dentro de la historia humana a través de un pueblo determinado para cumplir su propósito creador para todos los pueblos. El pueblo no está encomendado con la soberanía sino con *la misión de gracia*.

La representatividad es clave. Adán y Eva son personajes que representan la humanidad. Pablo expresa este vínculo claro en Romanos 5,12.

Así como el pecado entró en el mundo por medio de un solo hombre y la muerte por medio del pecado, así también la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.

Abraham, y el pueblo que surge de él también, incorporan a la humanidad de una manera representativa, porque el propósito salvífico incluido en la elección misma tiene una visión inclusiva y universal. Abraham y el pueblo son representativos en dos sentidos. Por un lado, son aquellos a través de los cuales Dios se revela y desenvuelve su plan dentro de la historia humana. Dios se acerca a la humanidad de una manera especial a través de su pueblo. Por otro lado, representan la humanidad frente a Dios como intercesores. Este es el sentido de la frase «*reino de sacerdotes*» que encontramos en Éxodo 19.

Jesús el Mesías está en una línea de continuidad con este desenlace del plan salvífico y tiene un papel representativo, y obviamente misional. El Mesías representa al pueblo de Israel, como un rey representa a todo su pueblo, pero Cristo va más allá. No se reduce la representación a su etnicidad o a su nacionalidad, sino que representa la humanidad misma.

El Apóstol Pablo expresa esto con su cristología adánica. Como todos sabemos de Romanos 5,12-21, Adán y Cristo abarcan toda la humanidad para que sus acciones respectivas afecten a toda la humanidad.

Si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia. ¹⁸ *Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a [toda la humanidad], de la misma manera por la justicia de uno vino a [toda la humanidad] la justificación que produce vida (Romanos 5,17-18).*

Afortunadamente la gracia salvífica efectiva en Cristo supera al pecado.

Así que vemos que el plan redentor de Dios está esencialmente vinculado a la historia humana y canalizado de una manera particular a través de un pueblo. Lo vemos en la representatividad de Adán y Eva, en el pacto con Abraham y en la elección de un pueblo, y finalmente en el Mesías (Cristo).

Pero la representatividad de Cristo va más allá de la de Adán, porque él es Dios encarnado. La Encarnación de Dios en Jesús es la culminación de su identificación con la humanidad, que es creada a imagen divina. En Jesucristo vemos la plena solidaridad de Dios con la humanidad, una solidaridad cuyo fin es la redención y la comunión (lo que viene después de la redención y la reconciliación).

Jesucristo no es simplemente un profeta más que Dios envía para cumplir una encomienda especial. No es simplemente un «cordero sacrificial» enviado para morir para satisfacer algo dentro de Dios mismo (la ira, la exigencia justa por el pecado). Es decir, Dios no castiga a una persona en la cruz a favor de todos los demás seres humanos. En este caso la resolución del pecado ocurriría fuera de Dios mismo. El significado de la Encarnación es que Dios asume el pecado *sobre sí mismo* en Cristo, porque Dios estaba en Cristo. Dios resuelve el problema del pecado por sí mismo y dentro de sí mismo, pero en plena solidaridad con la humanidad. Por eso afirmamos que el acto salvífico es a la vez divino y encarnacional.

Los Sacramentos

Nuestra salvación e incorporación al pueblo de Dios viene a través de nuestra unión con Cristo. Esta unión es precisamente lo que escenifican los Sacramentos. Escucha lo que Pablo dice con respeto al bautismo.

Pues, por el bautismo fuimos sepultados juntamente con él en la muerte, para que así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. ⁵ Porque así como hemos sido identificados con él en la semejanza de su muerte, también lo seremos en la semejanza de su resurrección (Romanos 6,4-5).

El bautismo es un rito dramático que simbólicamente representa la culminación del acto salvífico en la muerte y resurrección de Jesucristo y nuestra identificación con él.

Jesús mismo nos ha dejado un sacramento que arraiga la interpretación de su muerte en la historia del pueblo de Dios. Convirtió el *seder* en la Santa Cena y así demuestra la continuidad histórica del plan de redención. Pablo dice:

La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? ¹⁷ Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo, pues todos participamos de aquel mismo pan (1 Co 10,16.17)

Nuestra unión con Cristo, escenificado en los Sacramentos, nos incorpora a la Iglesia como cuerpo de Cristo, y nuestra incorporación es a la vez la aceptación de la encomienda misional de Dios que encontramos en el pacto con Abraham y en el texto de Éxodo 19. 1 Pedro 2,9 manifiesta que la Iglesia antigua veía la continuidad entre Éxodo 19 y la Iglesia.

Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable (1 Pedro 2,9).

La Iglesia es sacramental y encarnacional. Para mí estas dos cosas van juntas. La Iglesia, constituida por personas unidas con Cristo, y por tanto convertidos en cuerpo de Cristo, es la continuación de la actividad de Dios dentro de la historia humana. El bautismo escenifica nuestra recepción de la gracia salvífica, nuestro perdón de pecados, y adopción como hijas e hijos de Dios. También es el acto oficial de nuestra incorporación al cuerpo de Cristo, y con ello nuestra aceptación de la misión de Dios. Es decir, *el bautismo es una adopción, una incorporación, y una encomienda a la misión.*

La Santa Cena escenifica el acontecimiento de Cristo, en el que Dios afronta el gran desafío a su propósito creador y lo vence. En este rito proclamamos la gracia salvífica de Dios realizada encarnacionalmente, el perdón de pecados, la nueva creación, nuestra adopción como hijas e hijos de Dios, y la futura realización plena de la salvación con el retorno de Cristo.

Pero también es una encomienda. Al ser incorporados a Cristo por fe, asumimos nuestra parte en la misión reconciliadora de Dios. Formamos parte de la encarnación extendida por la recepción del don del Espíritu Santo. Como «*templos del Espíritu Santo*» (1 Cor. 6,19) Dios continúa cumpliendo su propósito creador y redentor.

La Palabra

La Iglesia es sacramental y encarnacional, pero no quiero olvidar la Palabra de Dios, ni quiero dar la impresión de que la minusvaloro o que la considero inferior a los Sacramentos. Dios crea con su Palabra. Dios llama, promete y se compromete con su Palabra. El ministerio de Jesús consiste principalmente en anunciar el reinado de Dios. Es un predicador y maestro. Nosotros venimos a la fe por responder al anuncio del Evangelio. El poder del Evangelio es a la vez su contenido, que relata los acontecimientos salvíficos de Dios, y su proclamación misma que nos llama a la fe. Reconozco que la Iglesia no existiría sin la proclamación de la Palabra y el sostenimiento de ella.

Sólo quiero decir que no es el centro de la Iglesia, que la Iglesia no está centrada en la Palabra de Dios, ni mucho menos en la Biblia. La Iglesia está centrada en Jesucristo, quien es Dios encarnado, y la obra salvífica de Dios en Cristo. El enfoque de la

Iglesia es sacramental y no escritural. Son los acontecimientos salvíficos mismos, y no la proclamación de los mismos, los que forman el centro de la Iglesia.

La Iglesia está centrada en Los Sacramentos, pero la Palabra es uno de los principales instrumentos para ejercer su ministerio. La Palabra de Dios (no equivalente a la Biblia) proclamada nos lleva a un encuentro con la Palabra viva y encarnada de Dios, es decir con Cristo.

Volviendo a la declaración inicial del hermano en el culto—*La Iglesia está centrada en la Palabra*—se puede entender una cierta confusión. En la práctica la proclamación de la Palabra de Dios basada en la Biblia es el instrumento principal del ministerio de la Iglesia. Se usa tanto en la evangelización como en la catequesis y el discipulado. En los devocionales de cada día usamos la Biblia y procuramos escuchar la Palabra a través de ella. El contacto más regular con Dios se instrumentaliza a través de la Palabra (usando la Biblia) y la oración. Los Sacramentos, por otro lado, son de uso infrecuente, y los no adeptos no los entienden y no les está permitido participar en ellos.

Sin embargo, la Iglesia no está centrada en la Palabra (ni en la Biblia) sino en los Sacramentos, porque son ellos los que escenifican los actos salvíficos. Representan visualmente y simbólicamente la esencia de la acción redentora de Dios. No debemos confundir el instrumento —la Palabra— con la relación esencial, los actos salvíficos representados en los Sacramentos.

Antes de concluir quiero clarificar mi lenguaje. Cuando me refiero a los Sacramentos no estoy hablando en el sentido de la Iglesia Católica Romana (ICR). Para ella los Sacramentos de la Santa Cena y el bautismo son controlados por los obispos, y no reconocen la validez de los Sacramentos de los evangélicos. Además, como todos sabemos, para ellos la Eucaristía es también una Misa, un sacrificio, algo que no comparto. Sin embargo, en su teología tienen claro que la Iglesia es sacramental y encarnacional, y en esto acierta.

Para los lectores de una tradición que no usa la terminología «Sacramentos» o que no tienen Sacramentos, creo que la esencia teológica de mi argumento tiene validez. No estoy hablando de los Sacramentos y de la naturaleza sacramental de la Iglesia solamente en referencia a los ritos mismos sino principalmente en clave teológica de esencias. Creo que la teología de mi postura puede resonar con su visión teológica aun si no comparten la terminología.

Nuestra Praxis

La Iglesia es sacramental y encarnacional. Creo que esta afirmación tiene implicaciones profundas para nuestra praxis. Significa que nuestras vidas, como personas incorporadas al cuerpo de Cristo, también son sacramentales y encarnacionales. Dios está presente en el mundo a través de nosotros, y esta presencia tiene un carácter sa-

cramental y encarnacional. Por eso Pablo nos llama templos del Espíritu Santo. Dios está realizando su plan redentor en el mundo a través de nosotros. Jesucristo continúa su ministerio del reinado de Dios por medio de nosotros, y la profunda identificación que Dios hace con la humanidad continúa *con y a través de* nosotros.

La vivencia sacramental y encarnacional de la fe por el creyente individual y por la Iglesia vive desde la misma solidaridad profunda con la humanidad de los demás, no desde arriba sino desde el lado. Cada persona con que tratamos es representativa de la humanidad, y debido a la Encarnación, es representativa de Cristo. «*En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis*» (Mateo 25,40). Entonces nuestro trato con el otro no es desde una postura de diferenciación (creyente/no creyente) o de superioridad (iluminado/incrédulo), sino de una aceptación y un amor incondicionales. ¡Es la postura de Dios en Cristo para con todos!

También esto implica una vida cruciforme. No podemos escaparnos de la cruz. La cruz no representa un lugar de castigo sino el lugar de plena solidaridad de Dios con la humanidad en su condición pecaminosa. Dios se solidariza con nosotros en Cristo, y luego lo resucita de los muertos. ¡Hay esperanza de nueva vida! Esta esperanza y nueva vida podemos experimentarlas en nuestra convivencia solidaria con los demás donde llevamos las cargas por un lado, pero también experimentamos el poder liberador de Dios por otro.

La proclamación de la Palabra ocurre desde esta solidaridad encarnacional, desde la vida sacramental y encarnacional. Nuestra vivencia sacramental en sí es un testimonio de Cristo, es presencia de Cristo, y la vivencia encarnacional es lo que da autoridad e impacto a la Palabra. ¿Cuándo decidieron la personas seguir a Jesús? Tomaron la decisión después de una experiencia de encuentro, y nuestra vivencia sacramental y encarnacional es el medio de este encuentro.

Termino con un ejemplo. La Fundación Federico Fliedner tiene dos colegios en Madrid. Se pueden entender estos colegios como un ministerio sacramental y encarnacional. La educación de los niños es una parte vital de su humanización y preparación para funcionar en nuestra sociedad moderna, pero también podemos verlo como una manera de escenificar la gracia salvífica de Dios y de proclamar la Palabra de Dios. En la estructuración del colegio y en el trato que reciben del personal, Dios puede estar presente a los niños y así continuar su obra redentora y reconciliadora de una manera muy práctica y real. La Palabra de Dios tiene un papel bien importante en esta labor, pero el centro de ella es la plena identificación de Dios con los hijos a través de su pueblo, es decir, por medio del personal creyente. Para ponerlo de otra manera, el trato de los niños tiene que ser coherente con la proclamación para que tenga autoridad con ellos. No estoy hablando simplemente de no ser hipócrita, sino que la vivencia encarnacional hace la conexión humana profunda donde se siente y experimenta el amor. La Palabra refuerza la vivencia e ilumina el porqué. La procla-

mación y la enseñanza de la Biblia, junto con la escenificación encarnada del amor de Dios, dan el carácter sacramental al ministerio.

La Iglesia es sacramental y encarnacional, por tanto, vivamos nuestras vidas conforme a ello. Amén.